

guirlo. Separóse del mundo para oprimirlo mejor y despreció todos los bienes materiales para mejor allegarlos. Sus monitorios secretos la constituyeron pronto en una especie de asociacion misteriosa, y su indiferencia sobre la santidad y la rectitud de los medios la llevaron á fácil corrupcion é inmediato decaimiento. Sus misiones tenian algo de misteriosas siempre. Y toda conversion que alcanzaban, parecíase á un verdadero suicidio. Ellos fueron el alma de todas esas reacciones que han manchado la moderna historia y que han oscurecido la santa libertad del pensamiento. Su pálida huesosa mano tañe la campana del degüello de San Bartolomé y atiza las inquisitoriales hogueras que devoran la libertad y la ciencia. Sus siniestros pensamientos escudan con empeño á todos los poderes que resisten y combaten el humano progreso. En el Norte de Italia, la Compañía preside aquellas matanzas que oscurecieron con vapores de sangre las luminosas crestas del Piamonte. Y en el Mediodía de Alemania desata las furias de la guerra de los Treinta años, cuyos excesos y escándalos han manchado la historia de Austria. Los jesuitas disminuyeron el genio de Florencia y asombraron los primeros dias del siglo xvii en la antes jovial Venecia; los jesuitas oprimieron á Cerdeña y Sicilia paralizandó su voluntad y su pensamiento; los jesuitas derramaron los gérmenes de una eterna guerra civil en Suiza; los jesuitas recrudecieron el absolutismo en España y Francia; los jesuitas soplaron en nuestros oidos las palabras de intolerancia por las cuales perdimos nuestra dominacion sobre Holanda; los jesuitas disminuyeron y rebajaron á la heroica Polonia; los jesuitas perdieron y destronaron á los Estuardos; los jesuitas combatieron y contrastaron toda reforma de la Iglesia católica y la paralizaron en su mortal inercia; los jesuitas persiguieron á las demás órdenes religiosas en China y fundaron la bárbara comunidad del Paraguay; los jesuitas representan las tinieblas, porque los jesuitas representan la reaccion. Tal árbol de muerte brotó en las alturas de Mont-Martre para extender su ponzoñosa sombra en la humana conciencia.

### CAPITULO III

#### REGRESO DE SAN IGNACIO Á ESPAÑA

Asaltóle por este tiempo á Ignacio la repetición de un crónico dolor que de antiguo le fatigaba, y de continuo á mal traer le traía. Sus sobreexcitaciones nerviosas, sus penitencias larguísimas, la concentracion de la vida en el cerebro, dañábanle hígado y estómago con sendos crónicos daños. La enfermedad de tan valiosas entrañas, debilitábale con triste y penosa debilidad todas sus fuerzas y poníale con frecuencia en seguro trance de muerte. El mal creció tanto, que á pesar de su antigua indiferencia por las cosas del mundo, entrado ya en el período de la atención y el cuidado á la realidad que comienza en París y explica las dos fases de su doctrina y los dos aspectos de su existencia, como ya hemos dicho, consultó con varios médicos, todos los cuales, despues de haberlo examinado, le aconsejaron el regreso inmediato á la patria para beber las aguas y respirar los aires natales, único remedio al valetudinario estado de su salud enferma y quebrantada.

Mas no desatendamos la razon principal del viaje como la desatienden en su mayoría los piadosísimos biógrafos contemporáneos del Santo. París indica una metamorfosis completa en todos los sentimientos de Ignacio. Su estancia en la gran ciudad señala una fase de su vida tan nueva como la herida misma de Pamplona. Aquí el mundano capitán de Cárlos se trueca en caballero espiritual de Cristo, y allí el asceta y místico se trueca en transigente y utilitario. La experiencia universitaria le ha enseñado que no puede predicar sin títulos académicos; y el logro de los títulos académicos, que no puede saber sin porfiados estudios; los estudios, que necesita tiempo; el



tiempo, que necesita serie y método; el método y la serie, que necesita trabajo; y la experiencia social, á su vez, le dice y enseña que ningun estudio científico y ningun ministerio espiritual pueden desempeñarse á conciencia sin algun vagar, y que ningun vagar puede obtenerse á satisfaccion sin cierto desahogo económico y cierto bienestar material.

Nada queria para sí; pero lo queria todo y lo necesitaba para fundar una tan formidable asociacion como la que tenia guardada en su mente y nacida ya en su germen despues de los solemnes juramentos de Mont-Martre. Por consecuencia, vino, no solo á curar su debilitado cuerpo, sino tambien á ocurrir á las necesidades primeras y á los primeros gastos de su naciente Compañía. El Padre Rivadeneira lo indica de un modo indirecto cuando escribe lo siguiente: «Y para que Ignacio, que tenia en poco su salud, viniese bien en querer hacer esta jornada, juntó Nuestro Señor otra causa, que fué el tener algunos de sus compañeros negocios tales en España, que para su sosiego y quietud convenia que Ignacio se los desenvolviese y acabase.» Por consecuencia vino el santo á España, no como fuera en otro tiempo á Montserrat, buscando la inspiracion divina y prometiendo el desligue y desasimiento de todas las cosas terrenales, vino á tratar de asuntos muy útiles para establecer las primeras bases de una Compañía en su presentimiento y en su deseo muy poderosa.

Corria el año de 1535, y dos años de plazo tomó para terminar los negocios pendientes y reunir de nuevo á los suyos, instruidos y ejercitados ya de tal suerte que pudiesen componer y formar una verdadera Compañía. Comprendiendo, en su conocimiento del corazon humano, que para mover á tales extraordinarias empresas se necesita el aguijon de poderosas pasiones, y que para despertar poderosas pasiones se necesitan ideas ó propósitos muy altos, citóles á Venecia, con pretexto de llevarlos á Jerusalem. Ya veia él, como hemos dicho, la imposibilidad material de tan grande y extraordinario intento, pero sabia que nada cautivaba tanto las almas generosas de jóvenes exaltados por la fe católica, como la ida en comunidad á la Ciudad Santa y al Santo Sepulcro, aunque necesitaran para ello los empeños del heroismo y vieran en perspectiva los holocaustos del martirio. Despues de haberles tomado el juramento y recibido la promesa de su viaje á Jerusalem, para el

cual debian citarse allá en Venecia el dia primero del año 1537, partióse Ignacio á España.

Quiso venir á pié, mas sus discípulos y cofrades se lo impidieron por consejo y voto unánimes. Compráronle, pues, recia cabalgadura, y pidiéronle que viajara como cualquier mortal ordinario, curándose de la salud del cuerpo con empeño, para conservar mejor la santidad del alma. Debió el santo seguir los consejos de los suyos, porque tras el viaje larguísimo y penoso púsose tan grueso y fuerte, que no parecia, no, el antiguo asceta. Llegado á su casa, reprodujose una de las escenas de esa inmortal sátira que parece la natural comedia de la vida humana; reprodujose una de las escenas del Quijote, que sin duda debió copiar mas tarde el gran satírico, de estas y otras historias españolas igualmente aventureras y raras. El ama, el cura, la sobrina y el barbero, personifican allá en la novela de Cervantes, el sentido comun social, que se opone á las violencias y arbitrariedades individuales de quien toma el mundo como un escenario y la vida como un drama ó como una novela de todo punto ideales. Y en las historias de San Ignacio representa este mismo sentido comun social, su hermano mayor, quien, á cada paso y á cada instante, procura desviarle del extraño camino donde se ha engolfado, y traerle á las vivas realidades y á las esferas prácticas del hogar y del mundo.

Imaginaos lo que pasaria en Azpeitia, cuando se divulgara la noticia del arribo de Ignacio. Aquel brillantísimo capitan, apuesto y pendenciero, que habia requerido su pecho en tantos amores y su espada en tantos combates, modelo de soldados valerosos y de calaveras desheredados, con su sotana en vez de su ropilla, con un bonete de puntas en vez de su sombrero de plumaje, con su breviario en vez de su guantelete; macerado, ascético, febril, ¡oh! debia parecer á los suyos una leyenda viva, un milagro hecho de carne y hueso, un muerto salido de la sepultura, un santo vuelto del cielo, algo sobrenatural y extraordinario. Los sacerdotes, los frailes, los devotos, la gente piadosa y eclesiástica, salió en tropel á recibirle como pudiera en aquella edad de fe católica exaltada recibir la santa efigie de cualquier protector ó el santo despojo de cualquier mártir, llegados para interceder con Dios por sus devotos y elevarse como un frís de paz entre las iras del cielo y los pecados del mundo.



Aquí, en este momento, nótase de nuevo cómo los ejercicios espirituales han convertido á Ignacio en una especie de **sér** abstracto, en una especie de cifra matemática, en una especie de metafísica inteligencia. Nada cautiva tanto el ánimo como los recuerdos é imágenes de la infancia. La niñez resulta en la memoria de cada hombre, como **el** Eden perdido en la memoria del género humano. Cuanto mas en años **crece** uno, y mas en combates porfía, y á mayores alturas sube, mas recuerda **esta** edad candorosa, en que la vida se asemeja por todos sus costados á un florido arbusto lleno de mieles y aromas, al cual van, en pintados y músicos enjambres, tanto las mariposas como las abejas del campo. Ver el sitio del **hogar** donde se asentaba la madre ó la abuela; ver la ventana por donde la **primera** luz llegó á la cuna; ver el lugar, testigo de los últimos juegos y de los **primeros** amores; ver el templo de las ilusiones y de las esperanzas; ver el **nido** de los sentimientos mas caros y mas duraderos; ver todo esto es como tornar al tiempo en que no habíamos aun mordido la amarga fruta del **pecado** y del error. Muy desasido podia estar Ignacio del mundo tras sus **combates** y sus ejercicios, pero este desasimiento no debia obstar á que volviese **de** nuevo á ver el sitio donde amaneció su alma en santos albores y donde **pasaron** sin mancilla y sin dolor los únicos serenos días de su combatida **existencia**. La tradicion, la historia, la leyenda, la fe misma tienen esos aspectos **prestigiosos** á los ojos del mundo por la natural poesía de los primeros años y el natural aroma de nuestra querida infancia.

¿Cómo Ignacio, al llegar á su valle de **Azpeitia**, no habia de ir á posarse á su casa de Loyola? Si algun sitio podia **ofrecerle** apropiado espacio á las expansiones del corazon y á los ejercicios de **la** piedad, era ciertamente aquel sitio predilecto, donde tomó el primer **alimento** nutritivo para su alma de los mismos labios de su madre. Su hermano, representando como hemos dicho el sentido de la sociedad, el sentido de **la** familia, el sentido de todas las instituciones fundamentales, salió á recibirle **y** á llevárselo al lado de aquellos entre quienes habia nacido. Pero él, en su **inhumano** ascetismo, prefirió á toda otra morada la morada de los pobres, **el** santo hospital. No basta la piedad mas ferviente para contrastar los **sentimientos** al corazon mas naturales. La costumbre tiene inmensa fuerza, **y** para una familia hidalga no

podia darse mayor humillacion que tener el mas brillante y glorioso de todos sus hijos en sitio tan triste y horrible. Los historiadores jesuitas, despojados de todo humano sentimiento, cuando del esplendor de su orden se trata, no pueden ocultar, aunque lo intentan, la pena de tan ilustre casa por la impiedad, mejor dijéramos, por la crueldad de aquel Benjamin tan mimado y tan sin corazon y sin entrañas. No hay techo que abrigue al hombre como el techo donde se alberga la familia. Los que mas se precian de amparar y defender hoy esta fundamental institucion de las sociedades humanas extasiáanse al recuerdo luctuoso de tales infamias y las presentan como ejemplar y modelo de la mas acabada perfeccion posible sobre la faz de nuestra tierra. No, no; el proceder de Ignacio debe presentarse ante los ojos del mundo, en la clínica de la historia, como una enfermedad moral espantosa, especie de gangrenoso cáncer que se ha comido y devorado los mas altos y mas puros y mas bellos y mas humanos sentimientos. ¡Cuánta la horrible afliccion de aquella honradísima familia viendo al menor hijo de toda ella y por lo mismo el mas amado, el preferido, el predilecto, desertar los salones donde jugara, la alcoba donde naciera, los sitios consagrados por la sombra de sus padres, esos irremplazables delegados de Dios en la naturaleza, para irse por una falsa idea de la virtud humana que raya en demencia, ¡ingrato y descastado! al hospital, ostentando falsas virtudes que deben ser denominadas verdaderas faltas, cuando no crímenes, porque derogan la mas divina de las leyes, las eternas leyes naturales, y combaten la mas antigua institucion humana, la institucion de la familia!

Pues al día siguiente de llegar Ignacio creció el dolor y el asombro de los suyos. No estaban todavía repuestos del primer dolor que les causó la recién abierta herida, cuando recibieron otra mas sangrienta y mas nueva. Entregados se hallaban á comunicarse la horrible afliccion causada por su ausencia del hogar y su presencia en el hospital, cuando fueron á decirles que Ignacio andaba de puerta en puerta pidiendo limosna. ¿Cómo, un hidalgo, un caballero, un capitán de tal fama, un miembro de pundonorosa familia, mendigando por calles y plazas, á guisa del último de los pordioseros? Los suyos le habian criado y provisto y atendido, para que diera, no para que demandara limosna. En cuanto lo supo aquel afligido hermano mayor, cuyos